

nato Guerra, á quienes encargó de atacar la Ciudadela, y Alatorre, quien quedó al mando de las reservas.

Alguien hizo notar á Juárez, en aquellos momentos, que Donato Guerra estaba comprometido con el General Díaz y debía desconfiarse de él. Pero Juárez, que conocía al pundonoroso jefe, contestó lacónicamente:— «Está más comprometido con su deber de soldado.»

Aquella asonada intempestiva fué, en pocas horas, ahogada en sangre por el General Rocha, uno de nuestros jefes más valientes, más ilustrado, de mayores conocimientos militares; pero terriblemente sanguinario. Todos los jefes del motín se pusieron en salvo oportunamente.

El día 3 de Octubre se presentó al Congreso el proyecto de ley suspendiendo algunas garantías constitucionales y estableciendo la ley marcial.

Pero ni la sangre vertida en la Ciudadela, ni la ley votada por la Cámara, ni ninguna otra consideración fueron bastantes para contener el espíritu revolucionario; sino antes bien lo exaltaron, y entonces el mismo General Porfirio Díaz levantó el pendón, expidiendo el Plan de la Noria, fundando el llamamiento á las armas en el peligro que corrían las instituciones nacionales por la reelección indefinida, forzosa y violenta del Ejecutivo Federal; en las hecatombes de Mérida, Atexcatl, Tampico, Barranca del Diablo y la Ciudadela; en la ineptitud de unos, el favoritismo de otros y la corrupción de todos. En el plan se prohibía la reelección presidencial, de un modo absoluto, y se proponían otras reformas trascendentales á la Constitución.

La revolución se levantó formidable, sin que por eso amilanase á Juárez. Muy al contrario, en el discurso que pronunció, después de haber hecho la protesta de ley, al tomar nuevamente posesión de la Presidencia de la República, el 1° de Diciembre (1871), dijo:

«Aun en circunstancias menos azarosas, ese encargo es de suma gravedad, á causa de la lucha, que ha de durar por algún tiempo en nuestro país, contra los elementos hostiles al orden, á la paz y á las instituciones democráticas. Mas cuando á esas dificultades ordinarias se agregan las que ocasiona una sublevación tan amenazadora como la que últimamen-

te ha estallado, la responsabilidad que hoy acepto abrumaría por completo mi espíritu, si no creyera, como creo firmemente, que mi auxiliar más poderoso ha de ser el buen sentido de la Nación ansiosa por la paz y el imperio de las leyes que ella misma ha sancionado.

«Sacrificar el orden y las leyes libremente adoptadas, á los planes más ó menos ilusorios de un hombre, por muy ameritado que se le suponga, sería hundirnos en una anarquía sin término, arruinar por completo los elementos de prosperidad en el país, destruir quizás para siempre nuestra reputación en el mundo y comprometer en lo futuro nuestra misma independencia.

«Hoy que nos amenazan esos males, consecuencia inevitable de nuevos trastornos, si no son prontamente reprimidos; hoy que se ve en peligro lo más sagrado que hay para la sociedad; el deber primero y preferente del Ejecutivo es, á no dudarlo, restablecer, con la prontitud posible, la paz y el orden legal donde quiera que se hallen alterados, evitando por cuantos medios estuvieren á su alcance, que esa alteración cunda á otras porciones de la República. La solemne protesta con que acabo de ligarme ante vosotros, ciudadanos diputados, me impone ese deber sobre todos los demás; y yo he de procurar cumplirlo sin perdonar esfuerzo alguno, llegando aun á subordinarle por ahora algunas otras atenciones del Ejecutivo.»

De este modo levantaba Juárez el guante que le arrojaba la revolución. No desconocía la importancia terrible de aquel movimiento, encabezado por el más conspicuo de los héroes que triunfaron sobre la intervención y el imperio, y así lo declaró con su acostumbrada lealtad. Pero tampoco dudó del triunfo, y así lo proclamó con su incontrastable entereza.

Cuando volvió á abrir sus sesiones el Congreso de la Unión el 1° de Abril de 1872, Juárez pudo decir en su discurso inaugural:

«Al cerrar sus sesiones el Congreso en 15 de Diciembre último, la rebelión se mostraba imponente, amenazadora, en varios Estados de la República, contando con fuerzas y elementos que la Nación había confiado á la lealtad de sus caudillos y defensores. Ninguna otra sublevación contra las ins-

tituciones, después del triunfo de éstas sobre sus enemigos interiores y exteriores, se había alzado con proporciones tan terribles enfrente del Gobierno legal. Así lo comprendisteis sin duda alguna; y para afrontar una situación tan peligrosa, convinisteis en apelar al remedio que previene la Constitución, invistiendo al Ejecutivo de facultades amplias en los ramos de Hacienda y Guerra. Merced al uso prudente de esas facultades, á la lealtad y bravura de las tropas del Gobierno, y, sobre todo, con el auxilio del buen sentido nacional, la rebelión ha sido vencida enteramente, sin que pueda ya temerse un cambio que dé por resultado su funesto predominio. Primero en Oaxaca y últimamente en Zacatecas se han alcanzado victorias que, en unión de otras ventajas adquiridas en el terreno militar, echaron por tierra los proyectos de los revoltosos. De antemano estaban condenados por la opinión del país, cuyos deseos se revelan cada día más claramente en favor de la paz y el orden, bajo las instituciones que él mismo ha adoptado.»

En efecto, los porfiristas estábamos vencidos en toda la línea. Rocha, después de habernos derrotado en el Estado de Oaxaca, nos derrotó en Zacatecas, destruyendo así los dos grandes centros de acción que poseíamos, y poniendo en dispersión á nuestros principales caudillos.

«Es necesario rendir el tributo correspondiente al Ministro de la Guerra Don Ignacio Mejía, no sólo por la actividad extraordinaria que desplegó en estas circunstancias, sino por el acierto con que manejó aquella difícil campaña, luchando por un lado contra el gran prestigio militar del caudillo de la revolución, y, por el otro, con las penurias del Erario, sabiéndose aprovechar de la lealtad y de las buenas dotes de la mejor oficialidad que tenía el Ejército.» Así lo dice Ireneo Paz (obra citada), uno de los porfiristas más fervientes y que tomó parte activa en esta revolución.

En los instantes en que todos nuestros elementos estaban dislocados y dispersos, reapareció el General Díaz en Tepic, después de haber atravesado por entre el enemigo, desde Manzanillo hasta dicha población, por entre la sierra. Allí empezó á reunir nuevos elementos para continuar la campaña, que si Juárez era tenaz, no le iba en zaga su conterráneo. El Ge-

neral Díaz formó su Estado Mayor con el coronel Francisco Z. Mena, el coronel Lic. Ireneo Paz, el Dr. Gaxiola y otros partidarios, estableciendo su cuartel general en Santiago Ixcuintla.—La revolución empezaba á rehacerse. El general Manuel Márquez dominaba en Sinaloa; Donato Guerra, que se había separado leal y honrosamente de Juárez, organizaba fuerzas en Chihuahua, Pedro Martínez había alcanzado un triunfo notable en el Chopo.

¿Y los Lerdistas? Demasiado tímidos ó demasiado hábiles, quedaron á la expectativa. No digo *demasiado patriotas*, porque, si los porfiristas revolucionamos, ellos siguieron una política de obstruccionismo contra Juárez, que, en el fondo, fué tan funesta para la Patria como la nuestra; con la diferencia que en la que nosotros observamos, había mayor franqueza, mayor lealtad, y que proclamábamos ideales claramente definidos y que el tiempo se ha encargado de legitimar. No trato de justificar nuestra actitud de entonces, sino de explicarla, y de patentizar, con la sinceridad que siempre ha guiado mi pluma, que si Juárez no hizo la paz, fué porque no pudo, por estar rodeado de los lerdistas, conspiradores solapados, y tennos en frente á los porfiristas, revolucionarios infatigables. . . . en aquel entonces.

Pero llegó la muerte y puso fin al conflicto.

Juárez murió como había vivido. Voy á referir la muerte de un indio, para demostrar que en el siglo XIX resplandecían aún las grandes dotes de esa raza tan despreciada por mal comprendida, dotes que pasmaron al mundo cuando las presencié de relieve en Cuauhtémoc. Pero dejaré la palabra al Dr. Don Ignacio Alvarado, quien presencié la muerte del titán y la relata de la siguiente manera:

«¡Terrible enfermedad la que nos arrebató al Sr. Juárez! . . . La angina de pecho que con más ó menos crueldad ataca á otras personas, desplegó su más extraordinaria energía cuando tuvo que habérselas con un héroe, como si fuera un ser racional que comprendiera que, para luchar con éxito con aquella alma grande, era indispensable ser también grande en la crueldad.

«Dos horas hacía apenas que estaba yo á su lado, cuando la opresión del corazón con que empezó se transformó en dolo-

res agudísimos y repentinos, los que veía yo, más bien, los que adivinaba en la palidez de su semblante. Aquel hombre debía estar sufriendo la angustia mortal del que busca aire para respirar y no lo encuentra; del que siente que huye el suelo en que se apoya y teme caer; del que, en fin, está probando á la vez lo que es morir y seguir viviendo. La enfermedad se desarrolló por ataques sucesivos; los sufre en pie. Vigorosa es su naturaleza, indómita su fuerza de voluntad, y aun desplegada toda ésta no le es dable sobreponerse por completo á las leyes físicas de la vida, y al fin tiene que reclinarse horizontalmente en su lecho para no desplomarse y para buscar instintivamente en esta posición el modo de hacer llegar á su cerebro la sangre que tanta falta le hace. Cada paroxismo dura más ó menos minutos, va desvaneciéndose después poco á poco, vuelve el color á su semblante y entra en una calma completa; el paciente se levanta y conversa con los que lo rodeamos de asuntos indiferentes, con toda naturalidad y sin hacer alusión á sus sufrimientos; y tal parece que ya está salvado, cuando vuelve un nuevo ataque, y un nuevo alivio, y en estas alternativas transcurren cuatro ó cinco larguísimas horas, en que mil veces hemos creído cantar una victoria ó llorar su muerte.

«Serían las once de la mañana de aquel luctuoso día, 18 de Julio, cuando un nuevo calambre dolorosísimo del corazón lo obligó á arrojarse rápidamente á su lecho; no se movía ya su pulso, el corazón latía débilmente; su semblante se demudó cubriéndose de las sombras precursoras de la muerte, y en lance tan supremo tuve que acudir, contra mi deseo, á aplicarle un remedio muy cruel, pero eficaz: el agua hirviendo sobre la región del corazón; el Sr. Juárez se incorporó violentamente al sentir tan vivo dolor, y me dijo con el aire del que hace notar á otro una torpeza:—«Me está Ud. quemando.»—«Es intencional, señor, así lo necesita Ud.»—Le contesté. El remedio produjo felizmente un efecto rápido, haciendo que el corazón tuviera energía para latir, y el que diez minutos antes era casi un cadáver volvió á ser lo que era habitualmente, el caballero bien educado, el hombre amable y á la vez enérgico.

«Parece que yo mismo estoy desmintiendo con el hecho

que acabo de relatar, esa fuerza de voluntad que lo caracterizaba, supuesto que no supo sobreponerse al dolor de una quemadura; pero no es así, no; el dolor lo cogió de improviso, y su naturaleza dejada á la influencia de las leyes físicas y sin el freno del espíritu, reaccionó como era necesario que reaccionara, en virtud de esas mismas leyes, con un fenómeno de los que llamamos *reflejos*; le sucedió lo que al valiente capitán que se demuda involuntariamente al escuchar los primeros disparos; la palidez de su semblante es un fenómeno reflejo que no está en su mano dominar, como no puede dominar la virgen tímida la rubicundez de su rostro al oír las primeras palabras de amor.

«Después de este lance, el alivio fué tan grande y tan prolongado, que se pasaron cerca de dos horas sin que volviera el dolor; la familia se retiró al comedor, y quedando yo solo en compañía suya, me relataba, á indicación mía, los episodios de su niñez, la protección que le había dispensado el señor cura de su pueblo, etc., etc., y cuando yo estaba más pendiente de sus labios, se interrumpió repentinamente y clavando en mí fijamente su mirada, me dijo casi imperativamente.—«¿Es mortal mi enfermedad?» . . . ¿Qué contestar al amigo . . . al padre de familia . . . al Jefe del Estado? . . . Pues la verdad, nada más que la verdad; y procurando disminuirle la crueldad de mi respuesta, le contesté con la vacilación siguiente á lo imprevisto de la pregunta:—«No es mortal, en el sentido de que ya no tenga Ud. remedio.»—Comprendió en el acto perfectamente bien lo terrible de mi respuesta, y no obstante que ella quería decir: «Tiene Ud. una enfermedad de la que pocos se escapan,» continuó inmediatamente su interrumpida relación en el punto mismo en que la había dejado, como si la sentencia de muerte que acababa de oír, hubiera de ser aplicada á otra persona que no á él mismo. No le ví inmutarse; no le ví vacilar en su palabra, ni trató siquiera de pedirme las explicaciones que tanto deseaba yo darle. ¿No es verdad que se necesita fuerza de voluntad para hacer lo que hizo? ¡Cuánto dominio sobre sí mismo! Un hombre vulgar habría insistido en conocer los pormenores de mi juicio, habría hablado de tomar las medicinas usuales en estos casos, habría por lo menos manifestado, en la expresión

de su fisonomía, el estado de ánimo del que, como él, acaba de saber que está al caer dentro del sepulcro, dejando en sus bordes seres muy queridos de su corazón. Esperó para conocer su sentencia á que su familia no estuviera presente, para no acongojarla; y aprovechó la distracción de mi atención para que al hacerme de improviso su pregunta, no tuviera yo tiempo de estudiar la respuesta. Su conducta fué fríamente calculada, y para calcular se necesita de un reposo moral, que, en circunstancias tan solemnes como aquellas, solamente puede dar la fuerza de voluntad de una alma grande. ¡Cuán sencilla esta conducta si se tratara, por ejemplo, de una cuestión de Estado; pero cuán grande aparece tratándose de la propia vida!

«Aquella calma de tres horas pronto desapareció, y un nuevo ataque más formidable, más repentino y más prolongado que el de la mañana, vino á perturbar la reciente tranquilidad de los que lo rodeábamos, é inútiles cuantos medios emplee antes de ocurrir otra vez al agua hirviendo; fué al fin preciso venir á él, porque ya no sentía yo el pulso debajo de mis dedos. Le anuncié lo que íbamos á hacer, y con la más perfecta indiferencia y con la calma más imponente—y la llamo imponente porque la palidez de su semblante, la falta de pulso y su respiración anhelosa estaban anunciando que el término funesto se acercaba á grandes pasos—se tendió en el lecho, él mismo se descubrió el pecho sin precipitación y esperó sin moverse aquel bárbaro remedio. Lo apliqué sin perder tiempo, y aun me parece que estoy mirando cómo se crispaban y se extendían alternativamente las fibras de los músculos sobre las que hacía la aplicación, señal evidente de un agudísimo dolor; dirigí mi vista á su semblante. . . . ¡nada! ni un solo músculo se movía! ni la más ligera expresión de dolor ó de sufrimiento; su cuerpo todo permanecía inmóvil, y esto, cuando al quitar el agua se levantaba una ámpula de varias pulgadas sobre su piel vivamente enrojecida. ¡Qué dolores dejaban transparentar aquella ámpula y aquel crispamiento de los músculos del pecho, y cuánta fuerza de voluntad proclamaban la impasibilidad de su semblante y la quietud de su cuerpo! La vez primera que lo quemé sin que él estuviera prevenido, su cuerpo reaccionó como tenía que hacerlo,

con los movimientos reflejos que exigen las leyes de nuestra organización cuando no domina la voluntad, y en la segunda ocasión en que ya estaba prevenido para el dolor, no quiso mover el cuerpo y no lo movió; no quiso expresar el dolor en su semblante y no lo expresó, quedándose impasible como si su cuerpo fuese ajeno y no suyo propio.

«Entretanto, desde en la mañana había volado por la ciudad la noticia de la enfermedad del Presidente y ocurrieron á verlo sus Ministros y sus incontables amigos políticos y personales, y por razones que es difícil comprender, se ocultó tan cuidadosamente al público la gravedad de la situación, la que solamente conocíamos la familia y yo, que todos quedaron creyendo que simplemente se trataba de un reumatismo de la rodilla, y para que no se desvaneciera esa creencia, á nadie se le permitió la entrada á la recámara. En esa inteligencia, uno de los Secretarios de Estado, el de Relaciones, según recuerdo, quería hablarle acerca de algún asunto de su ramo, y el Sr. Juárez le mandó suplicar cortesmente que lo dispensara por aquel día. En la tarde el mismo Ministro insistió en verlo, manifestando que era un negocio urgente, precisamente en los momentos en que el dolor del corazón era muy intenso, en que la respiración era jadeante y en que había desaparecido completamente el pulso. Aquel hombre que llevaba ya doce larguísimas horas de ser la presa de una muy dolorosa enfermedad, y que por esto su energía debería estar agotada, se levantó con calma sin manifestar ni impaciencia ni contrariedad; arregló su corbata, cubrióse con una capa; se sentó en un sillón; ordenó que entrara el Ministro, y haciéndole sentar frente á él escuchó con atención el asunto delicadísimo que llevaba, discutiendo los principales puntos y dándole por último su resolución definitiva y acertada. No había en su semblante en estos momentos nada que revelara el espantoso dolor que le estaba carcomiendo una de sus entrañas, nada que diera á conocer que esa entraña era ya impotente para hacer llegar la sangre hasta la cabeza, y si no hubiera sido por las gotas de sudor frío que yo le enjugaba de su frente y por la palidez indisimulable de su semblante, aun yo mismo habría creído que estaba sano, pues que á impulsos de su voluntad llegó á dominar toda manifestación

de sufrimiento, hasta lo anheloso de su respiración, no quedándole más que alguna aceleración de ella. El Ministro se separó deseándole que continuara el alivio del reumatismo, sin haber sospechado siquiera que había estado discutiendo negocios graves de Estado con un semicadáver, en quien el corazón se estaba despidiendo de la vida. ¡Cómo no admirar este rasgo del frío sacrificio de la existencia por el cumplimiento del deber! En la mañana, cuando aun no sabía que tal vez estaba condenado á morir repentinamente y que creía leve y pasajera su enfermedad, aplazó para otro día la audiencia que solicitaba el Ministro; pero en la tarde, cuando ya había cambiado la escena, cuando ya tenía el convencimiento de que no podía contar con ese «otro día,» porque su vida estaba en inminente peligro, no vaciló en poner en segundo término sus dolores para dar la preferencia á los negocios públicos, que no podían esperar la eventualidad de su alivio, y dictar en ellos la resolución que sus deberes como Jefe del Estado le imponían. ¿Quién habrá que teniendo la muerte á dos pasos de distancia, prescinda de sí mismo é interrumpa su curación cuando esta interrupción importa la vida, para cumplir con un deber? ¿Quién se sobrepondrá al dolor físico para no dejar trasparentar la muerte que se tiene dentro de sí, á fin de no causar un trastorno público? Solamente aquel que al salir huyendo de Zacatecas en 1867, escoltado muy de cerca por la lluvia de balas del ejército enemigo, recomendaba que se llevaran los caballos paso á paso para conservar la moral de los contados dragones que lo acompañaban, y abandonaba la ciudad con la calma del que viaja por placer, y no con la precipitación del que huye para conservar la existencia. Solamente aquel que no se inmutó en Guadalajara frente á la boca de los fusiles que dentro de un segundo iban á hacerlo volver á la nada; solamente, en fin, aquel que se ocupaba en dictar las disposiciones necesarias para contrarrestar un formidable pronunciamiento de la fuerza federal, cuando 15 minutos antes yo le había llevado desgraciadamente la infausta noticia de que la enfermedad de su respetable señora era incurable y sería mortal dentro de breves meses. ¿Qué no pasaría dentro de aquel corazón en donde batallaban sentimientos tan encontrados y tan profundamente

conmovedores á la vez? Por un lado, la pérdida de su fidelísima consorte, de la respetable matrona que por su benevolencia, por su modestia y por todas las virtudes que puedan hallarse juntas en una mujer, le había hecho la vida feliz y era el galardón de la sociedad mexicana; y por el otro, la pérdida de la tranquilidad pública, el amago del imperio de la fuerza bruta sobre las instituciones de la República, la perspectiva de la substitución del modesto frac republicano por los brillantes arreos militares, substitución que llevaba más de 15 años de venir combatiendo. Improvisar urgentemente medidas políticas y militares que exigen calma profunda y atención sostenida, cuando se tiene el corazón desgarrado por el mayor de los pesares que pueden agobiar al esposo, solamente lo hace el que tiene un alma grande como la suya.

«Aun hay más. Una hora después de haber salido el Ministro, solicitó hablarle uno de los generales más distinguidos, á fin de pedirle sus últimas instrucciones para la campaña que iba á emprender al siguiente día, y no vaciló en admitirlo inmediatamente, no obstante que le faltaba el pulso hacía ya varias horas y que su situación era completa y absolutamente desesperada.

«Lleno de admiración, ví al Sr. Juárez discutir con él, de la manera más tranquila, lo que era más conveniente hacer; todavía no comprendo cómo pudo su cerebro casi exangüe, recordar qué personas residían en las poblaciones que iban á ser en breve el teatro de la campaña, cómo podía traer á la memoria las cualidades morales, y los antecedentes políticos de esas personas, con tanta exactitud, que pudo indicar al general á quiénes era conveniente tratar con severidad, á quiénes había que halagar, de quiénes desconfiar y quiénes tener por amigos. En una palabra, dió los pormenores todos que daría una persona que tiene concentrada por completo su atención en un asunto de interés y que está libre de toda otra preocupación; es decir, hizo abstracción de su persona en los momentos de morir, para no pensar más que en el bien público en cumplimiento de su deber. Si esto no es grandioso, si esto no revela un espíritu superior y pone de manifiesto la más íntima conciencia del deber que hay que cumplir, no sé á quién podríamos llamar valiente para morir, indomable en su voluntad y mártir de su deber.

«Concluida aquella conferencia, pálido y vacilante se arrojó por la postrera vez en su lecho para no levantarse jamás de él, lecho que cinco horas después, no era ya el lugar de descanso del Presidente, sino el lecho mortuario del hombre grande, del patricio que desaparecía de entre nosotros, pronunciando sus últimas palabras en bien de la República, del varón esforzado y justo que nos dejó un ejemplo muy difícil de imitar.»

Así pasó Benito Juárez, el Benemérito de las Américas, de la vida transitoria á la inmortalidad eviterna.

La noticia de su muerte abrumó al país, como la de un cataclismo inesperado, terrible, sin igual.

Los mismos porfiristas inclinamos la frente hacia el suelo, no avergonzados, pero sí llenos de dolor, como el hijo que por propia voluntad se ha alejado del padre, y por eso no recibió su bendición postrera junto al lecho de muerte.

Y sentimos ascender en nuestro espíritu la marea zizigia del orgullo patriótico, al ver que Juárez había muerto, pero invencible, y que el astro de su gloria había quedado por los siglos de los siglos fijo en un cenit, y que no tuvo ni tendrá ocaso.

CAPITULO XVII

Juárez íntimo.—El elemento femenino en la vida de Juárez.—Juárez como padre de familia.—Juárez como amigo.—Las creencias religiosas de Juárez.—Su falta de ambición.

He estudiado al hombre público; me falta considerar al hombre íntimo. Yo bien sé que la vida privada es inviolable, que no se tiene el derecho de franquear los umbrales del hogar para escudriñarla, y me parece un tanto especiosa la sentencia que dice que los hombres públicos no tienen vida privada.

Sin embargo, cuando el hombre público ha desaparecido del catálogo de los vivientes; cuando la Historia lo llama ante su tribunal para aquilatar sus méritos y para calificar sus faltas, debe ser examinado bajo todos sus aspectos, todas sus condiciones, sin respeto á teorías, preocupaciones ni conveniencias de ninguna especie.

Por fortuna para los que admiramos y veneramos á Juárez, éste se presenta tan inmaculado y grande en la vida privada como grande é inmaculado le hemos visto en la pública; que ese era un carácter de una pieza, sin soluciones de continuidad.

El 31 de Julio de 1843 contrajo matrimonio con la señorita Margarita Maza, hija de aquel Don Antonio Maza, en cuya casa sirvió Josefa Juárez, la hermana del que debía llegar á ser el Benemérito de las Américas.

Doña Margarita fué una mujer de hermoso aspecto, inteligente y noble. En su rostro había un resplandor de bondad, que atraía; en su trato se notaba la misma sencillez y modestia que en el de su marido. Hablaba con reposo, no levantaba jamás la voz, su conversación era discreta, amena, variada,